

clamaron con las manos unidas y los ojos llenos de lágrimas de entusiasmo y de admiración.

—¡Callad! dijo Adelaida, que, al recordar á los perseguidores que habia olvidado, llevada de su ardorosa caridad, se habia asustado algun tanto, nada digais, no hay mérito alguno en lo que yo he hecho, porque Dios nos manda socorrer á nuestros hermanos cuando padecen; el que alimenta á los pajarillos, ¿se olvidaria de sus hijos? ¡No! Y me elije á mí como el pobre instrumento de su paternal bondad; si me amais, no divulgueis lo que habeis visto y oido.

Dichas estas palabras se alejó aquella Reina ejemplar; pero los soldados, poseidos de entusiasmo no supieron ni quisieron guardar secreto acerca de las virtudes de su Reina, y bien pronto la fama de su generosidad se extendió por todas partes.

IV.

Al cumplir los tres años de su casamiento, Lotario empezó á padecer una dolencia misteriosa, terrible.

Una languidez dolorosa invadia poco á poco su cuerpo, y la palidez vistió sus animadas, correctas y dulces facciones; todo alimento, áun los más sencillos, producian en su estómago una angustia tan dolorosa, que el desgraciado Príncipe temblaba sólo á la idea de pensar en comer.

Adelaida creyó, durante algunos meses, que aquella dolencia procedia de causas que pudiesen combatirse y practicó con su esposo los remedios que se acostumbran en semejantes casos; pero aunque todos los medicamentos eran preparados por su mano, ninguno producía el más leve efecto, y la dolencia del Rey se agravaba del modo más alarmante.

Los hermosos cabellos de Lotario se desprendian de su cabeza en mechones; sus bellos dientes caian como heridos de una enfermedad oculta. Adelaida

veía esto yerta de terror, y en su alma inocente y pura se levantó una terrible sospecha.

¿Estaría acaso envenenado el Rey?

Tal fué la pregunta que se hizo la jóven Reina, que se acordó de que se hallaba en Italia.

Aquella sospecha se apoyaba en una terrible realidad.

Lotario parecia á impulsos de uno de los venenos más horribles y más seguros; he aquí por qué causa se arrojaba del mundo á aquel Príncipe desventurado.

Marozia, esposa repudiada de su padre, yacia en la oscuridad, con la que no podia conformarse á causa de su carácter dominante y ambicioso; para salir de ella, discurrió un medio que no por ser horrible y criminal la espantó, y lo puso por obra al instante, gozosa con la esperanza de recobrar su antiguo poder.

Hizo llamar á Berenguer III, margrave de Ivrea, y le ofreció todo su influjo para hacerle coronar Rey, si disponia la muerte de Lotario por cualquier medio que fuese.

El margrave no era un malvado, y retrocedió ante semejante proposicion.

Señora, respondió; yo tengo mis Estados y además soy sobrino del emperador Berenguer; vivo tranquilo en la córte de Oton, Rey de la Germania, donde me refugié huyendo del puñal de los asesinos; ¿por qué

he de cargar mi conciencia con un crimen que á nada conduce? ¿Acaso por contribuir á vuestra grandeza? ¡No lo espereis jamás!

—Marqués y Margrave de Ivrea, respondió Marozia friamente; yo os aseguro que, si el interés de la muerte de Lotario no nos fuese comun á entrambos, no me fiaria de vos; pero sé que sois en ella el más favorecido; os coronais Rey de Italia y casaís á vuestro hijo Adalberto con la viuda de Lotario.

Berenguer quedó pensativo; la dicha de su hijo le preocupaba más que la suya propia.

—¡Qué porvenir para Adalberto! prosiguió la tentadora Marozia; ¡una jóven bella como los ángeles, rica y dotada además con una corona! Porque vos y vuestro hijo podeis partiros los Estados é imperar uno en la mitad del reino y otro en el resto.

—¿Y qué pedís para vos? preguntó receloso Berenguer:

—Pido la posesion de una ciudad en la cual sea soberana y pueda tener mi córte; dadme cualquiera que sea de vuestro agrado y consultadme en los negocios árdulos; esto es todo lo que os pido.

—¿Y podremos reducir á la Reina á que se case con Adalberto?

—¿Quién lo duda? ¿Qué será lo que no pueda conseguir el talento de Villa, vuestra esposa? Dejémosla sola y viuda, y ya vereis.

—Concededme algunas horas para pensarlo, se-

ñora, dijo el Margrave que ya tenia decidida en su interior la muerte de Lotario.

—Pensadlo; pero decidme cuándo sabré la respuesta.

—Mañana.

—¿Dónde?

—Aquí mismo.

—Está bien.

—Hasta mañana, dijo el Margrave, saliendo de la retirada estancia donde Marozia le habia recibido.

—¡Lotario morirá! se dijo ésta; he leído su sentencia en el rostro de ese hombre; sí, morirá y yo volveré á ser rica y poderosa.

Al dia siguiente muy temprano, Berenguar llegaba á la puerta de la repudiada esposa de Hugo.

—¿Qué me decís? preguntó ella con ánsia, á pesar de la seguridad que tenia en su cómplice.

—Digo que morirá.

—¿Y qué muerte habeis elegido?

—La del veneno es la más segura.

—Decís bien; es la que ménos rastro deja, sobre todo, si se sabe elegir bien.

—Perded cuidado; soy en esto inteligente.

—A pesar de todo, observó Marozia, escuchad un consejo que os voy á dar; es muy importante.

—Hablad.

—Id á Roma y en una callejuela oscura que hay al lado de las ruinas del templo de Juno, buscad á

un judío anciano; es un florentino muy hábil en preparar toda clase de venenos; decidle que le remunerareis bien y pagadle al contado la mitad de la suma que penseis ofrecerle para ello; aquí teneis un bolsillo; ahora id con Dios, es preciso evitar que nadie sospeche lo que intentamos.

—Descuidad, dijo el Margrave.

Y guardando el bolsillo que le presentó Marozia, desapareció.

Dos dias despues de esta entrevista, empezó á tomar el Rey en su comida, y sin que nadie tuviera de ello la más leve sospecha, el tósigo que poco á poco debia quitarle la vida.

El judío que indicó Marozia habia servido á Berenguer.

Lotario sintió muy pronto el desvanecimiento, la angustia, la opresion de pecho que tanto le fatigaban, y Adelaida llamó á sus médicos.

Los dos estaban comprados por los asesinos.

No obstante, uno de ellos, expantado del crimen que se le queria hacer cometer, huyó de la córte, y dejó á su compañero el precio y el peso de aquel cobarde asesinato.

El doctor que quedaba propuso algunos medicamentos para el Rey, en todos los cuales iba envuelto el mismo veneno que le mataba.

La infeliz Adelaida, al ver los extragos que aquella terrible enfermedad causaba á su esposo, sintió

nacer en su corazón la primera sospecha, y desde entonces no pudo disfrutar un sólo instante de reposo.

Hubiérase resignado á perderle si esta hubiera sido la voluntad soberana de Dios; ¡pero dejarle asesinar cobardemente!... ¡No defenderle! ¡No castigar á los infames regicidas! Esto no era posible para aquella Reina ultrajada en sus más caros afectos.

Una noche en que rezaba en su oratorio por la salud del Rey, le vino á la mente con más insistencia que nunca, la idea de un envenenamiento; aquella idea, que heria con tanta fuerza su imaginación en aquel sitio sagrado, le parecia un aviso del cielo.

—¡Dios mio! dijo, conozco que es tu voz soberana la que manda que descubra á los culpables! ¡Dame fuerzas, pues, para conseguirlo!

Levantóse y pasó á la habitación del Rey que hacia pocos instantes habia abandonado.

Lotario huía de su lecho en el que se sentía abrasar por la fiebre, y se hallaba medio tendido en otro más pequeño formado de pieles, cubierto con tapices de púrpura de Tiro y colocado en un ángulo de la estancia.

Una lámpara de plata, que pendía del techo, alumbraba débilmente la cámara.

Apartados del Rey se veían algunos señores que miraban aterrorizados su cárdena palidez.

Ya no quedaba nada de Lotario *el Joven*; sin ca-

bellos, sin dentadura, espantosamente demacrado, el Rey parecia un cadáver galvanizado.

Sin embargo, en sus grandes ojos, claros en otro tiempo, tan bellos y tan dulces brillaba un resto de vida, y tambien una ráfaga de desesperación.

A los piés del lecho del Rey y cuidadosamente abrigada por su misma mano con un tapiz de seda, dormía apaciblemente la Princesa Eruma, entonces de dos años de edad.

A poca distancia del Rey y reclinado en un sitio gótico, pálido, mudo y sombrío, se hallaba el médico.

La Reina, poseída de un valor que era ficticio y quizá hijo de la sobreexcitación de sus nervios, pues hacia muchas noches que no dormía ni se separaba del lado del Rey, se arrojó en medio de la estancia; despavorida y trémula, queria buscar á los asesinos, ¿pero dónde estaban? ¿A quién podia señalar la inexperta mano de aquella niña de diez y ocho años?

Sin embargo, la valerosa Adelaida habia resuelto hallar á los criminales y esta idea fija, que habia exaltado su ánimo, fué la que tambien contribuyó á calmarlo.

Acercóse á su esposo, quien, al verla, fijó en ella una mirada angustiada y triste.

El Rey se hallaba envuelto en una bata de tela de seda muy gruesa; su barba, color de castaña, crecida y descuidada, hacia parecer mayor la lividez y la de-

macracion espantosa de sus facciones alteradas por profundos padecimientos.

—¡Cuánto sufro, Adelaida! murmuró mirando á su mujer, y sin atreverse á tomar su mano por temor de molestarla con el abrasante calor de la fiebre que le devoraba.

La Reina fué quien asió su diestra y la estrechó con cariño entre las suyas.

—¡Hoy estoy peor! ¡Mucho peor! prosiguió el Rey con voz lenta y opaca; creo, Adelaida, que voy á morir muy en breve... Sí, estoy seguro de ello y sólo siento perder la vida por tí y por nuestra hija... En cuanto á mi padre, es ménos lo que lo siento, porque él no se acuerda de mí.

—¡Bebed, señor! dijo el médico acercándose con una copa de oro llena de un brevaje que le administraba á cada instante, y que él sólo componía.

Adelaida miró maquinalmente al doctor; pero aquella cara pálida y sombría, que jamás le habia dicho nada, le inspiró ahora un temor invencible.

Apartó la copa, que ya iba á asir la mano trémula del Rey, y miró fijamente al médico.

—¡Desde que el Rey toma esa bebida, dijo lentamente, está peor! Veamos si en vos produce el mismo efecto, porque, segun vuestra palidez, debeis tambien estar enfermo... ¡bebed, doctor!

El médico, se hizo atrás lleno de horror.

—¡Bebed! repitió Adelaida.

El médico se retiró otros dos pasos livido y trémulo.

—¡Bebed! volvió á repetir la Reina con mayor autoridad.

—¿Por qué ese empeño, Adelaida? preguntó el Rey que se habia incorporado en su lecho; y viendo al médico que permanecía inmóvil y como fascinado con la copa en la mano, añadió severamente:

—¿No oís á la Reina que os manda que bebais? ¡Obedecedla!

—¡Piedad, señor! ¡Señora, misericordia! gritó el miserable, dejando escapar la copa de su trémula mano y desplomándose de rodillas.

—¡Con qué no me engañaba! exclamó la Reina con amargura: luego, procurando ocultar al Rey lo que aquella escena significaba, exclamó:

—Sal al instante, y jamás vuelvas á entrar aquí, ni tú, ni tu maldito brevaje.

Dirigióse, despues de dichas estas palabras á uno de los cortesanos, y le dijo en voz baja y rápidamente:

—Que detenga la guardia á ese miserable.

—Comprendo, señora, observó el caballero saliendo apresurado y ántes que el asesino.

La cabeza debilitada de Lotario nada habia comprendido por entónces de esta escena.

—¡Me aburrían ya el médico y sus medicinas! dijo Adelaida; creo, señor, que eso os pone peor y no

tomareis más; desde ahora, yo os prepararé los remedios, pues ya sabéis que entiendo las propiedades de los simples que se emplean.

Adelaida se detuvo y miró á su esposo cuyo silencio é inmovilidad la admiraban. Lotario, á pesar de la piadosa estratagema de su esposa para ocultarle que habia descubierto que moria envenenado, lo habia conocido así, por fin, pues estaba dotado de un talento muy penetrante y de una perspicacia muy fina.

—Adelaida, dijo, muero á manos de asesinos pagados y que sólo pueden haber comprado dos personas. Mi madastra, y el marqués Berenguer de Ivrea, al que arrebaté la corona y las esperanzas de reinar... ¡No importa! He sido demasiado dichoso ya en el mundo para quejarme de que me quiten la vida; pero poned en salvó la vuestra y la de nuestra hija... no vengueis tampoco mi muerte... Dios nos manda perdonar, y este cuidado se lo tomará mi padre sin duda alguna... Tampoco quisi a e que se lo tomase sobre sí... ¡Para ser perdonados arriba, debemos perdonar aquí abajo!...

Lotario se detuvo; una palidez mortal cubrió sus demacradas facciones; tocaba el limite de la vida; los asesinos, viendo que su vida se prolongaba demasiado, habian aumetado mucho la dósis del veneno que ya habia desatado uno á uno todos los lazos de aquella frágil existencia.

Vaciló y cayó sobre su lecho sin voz y casi sin vida.

—¡Socorro! gritó la Reina, que se habia precipitado sobre el cuerpo exánime de su esposo; ¡socorro!

Acudieron las gentes de servicio y levantaron á la desventurada jóven, que perdió el sentido.

El Rey habia muerto.